

—Ahí hacia el centro, donde hay como un remolino, debe ser más bajo; como una rompiente —dice Hodelin.

—Prueba, si se puede, पास.

Hodelin se mete en el agua que le llega a la rodilla en el primer paso, solo, porque los angolanos que hasta ese momento le han acompañado se hacen los desentendidos. Marzáns comienza a disparar en ráfagas cortas sobre la corriente paralela al avance de Hodelin. Aroche comprende y hace lo mismo; a poco las tres escuadras de cubanos protegen el paso del río por el explorador. —Nunca había visto espantarlos así —dice Madruga y comienza a tirar también. Antes de alcanzar el centro del cauce, el agua le llega casi al cuello. —¡Oye, vuelve! —grita Marzáns, pero en el centro del remolino Hodelin comienza a ascender y llega por encima de un pedregal sumergido hasta la otra orilla.

—Ahora todos.

Las tres escuadras se tiran al mismo tiempo levantando los fusiles para que no se mojen. Madruga ata una soga al saliente de una roca y los sigue; cuando llega a la orilla opuesta, retira la soga y la amarra a un arbusto. Algunos angolanos y katanguenses se meten también en el río pero la mayoría cruza, pulcando, colgados de la cuerda, y encogidas las piernas para no tocar el agua, uno a uno.

—Están impresionados con el yacaré —explora Madruga—; si el río no cubra su peso no se lanzan.

—¿Cómo?

—Si no muere uno en el agua primero. Son muchos años de fome, jefe; mucha hambre la noche. Ahora es que está a amanecer.

A las otras unidades de angolanos se les manda que no crucen, que marchen paralelas al río hasta divisar el puente y se detengan entonces.

—Pero que esperen que se les avise para comenzar a caminar —agrega Marzáns.

Hacia a Aroche, a Madruga y a Pierre, traza sobre el mapa una línea recta que une los extremos del arco que forma el río entre el punto en que se encuentran y el puente no velado aún por el enemigo.

—Por aquí voy a ir —explora—; pero tiene que ser rápido y sin llamar la atención. Con poca gente. Voy con los cubanos y una escuadra de angolanos. El resto sale tres horas después que yo y avanzan hasta ponerse a la vista de los que están en la otra orilla. Entonces siguen juntos hasta ver el puente. Cuando lo vean, repasan el inicio de la ofensiva.

—Perfecto, perfecto —dice Madruga meditando—. Puede conseguirse. Claro que yo voy. No puede ser de otra manera.

Pierre ha ido hasta donde están sus hombres y regresa metiéndose algo en los bolsillos. —Dice